

Jean-Pierre VERNANT. *Érase una vez... El universo, los Dioses, los Hombres*. 2a.ed. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, 211 pp.

Vernant encara en esta obra la tarea de narrar los más célebres mitos griegos al modo en que debió hacerse en los tiempos antiguos, esto es, en forma de relato ameno, sencillo, desprovisto de consideraciones intelectuales, y destinado a un número reducido de oyentes. El proyecto nos recuerda aquella otra obra señera en materia de difusión de mitología griega, *Las más bellas leyendas de la antigüedad clásica* de Gustav Schwab (1a.ed. 1953), con la diferencia de que Vernant ha reducido considerablemente el número de historias por narrar, y ha optado por un estilo sumamente llano, moroso, didáctico y reiterativo, como si en verdad se dirigiera a personas que escuchan por primera vez esas historias, personas a las que hay que recordarles una y otra vez la filiación o característica principal de cada uno de los dioses y héroes cada vez que se los menciona.

En el prólogo Vernant realiza el deslinde conceptual de tres formas de narración en cierto modo próximas entre sí: relato histórico, relato literario y mito. Declara que, inevitablemente, ha debido escoger ciertas versiones de mitos para descartar otras, y que, también inevitablemente, no ha podido impedir que sus aproximaciones intelectuales al mito griego dejen deslizar ciertas interpretaciones. Como veremos más adelante, esas interpretaciones constituyen el atractivo primordial de la obra.

La exposición está estructurada en ocho partes, aunque tal vez "estructurar" no sea una palabra del agrado del autor, que quiso evitar todas las formalidades del trabajo científico hasta en el detalle de no numerar ninguna de estas partes ni sus divisiones interiores. Algunos títulos encabezadores son, por cierto, bastante sugestivos e inusuales para este tipo de colecciones: "En la barriga paterna" (en referencia a los hijos devorados por Cronos), "Una partida de ajedrez" (metáfora del enfrentamiento entre Prometeo y Zeus), "Los sin nombre, los sin rostro" (alusión a las almas de los muertos que se abalanzan sobre Ulises en las puertas del Hades), "El anca uterina" (anca transformada en útero donde Zeus aloja a Dioniso, a quien concibió con Semele, hasta el momento de su nacimiento), "Generaciones torcidas" (las de Layo y sus

descendientes), “Tus padres no eran tus padres” (tal la frase del mensajero a Edipo cuando le informa que no es verdadero hijo de Pólipo y Peribea), etc.

El relato de los mitos griegos comienza con “El origen del universo”, que se remonta al momento en que sólo existía la Abertura o Caos (acotemos, de paso, que Vernant, con la intención de hacer accesibles los nombres para los que nada saben de mitología, menciona alternativamente a cada personaje con el nombre griego o con su traducción, y tan pronto habla, por ejemplo, de Ponto como de Mar, de Urano como de Cielo, de los Hecatonquiros como de los Cien Brazos, de Nix como de Noche, etc.; pero esa falta de uniformidad, lejos de allanar el camino, puede ocasionar confusiones al principiante). El último acontecimiento narrado en esta parte es el nacimiento de dos divinidades complementarias: Éride y Eros, surgidos del miembro mutilado de Urano.

La segunda parte, “La guerra de los dioses, la soberanía de Zeus”, se ocupa de los hijos de Cronos y Rea -segunda generación de dioses individualizados con sus nombres- y de la lucha que lidera Zeus contra su padre y contra otros dioses (Tifón, los Gigantes) hasta asentar su soberanía.

La tercera parte, “El mundo de los humanos”, versa sobre el origen del mundo a partir del momento en que, instaurado ya el gobierno de Zeus, se produce en Mecone la ruptura entre dioses y hombres a causa de Prometeo. Vernant recrea con especial detenimiento todos los aspectos de este mito, que ya fuera objeto de sus reflexiones en *Mito y pensamiento en la Grecia antigua* (1973, editada en español en 1985).

En “La guerra de Troya”, cuarta parte, recorre los principales hitos del conflicto troyano, desde el nacimiento de Aquiles hasta su muerte en suelo troyano. Atento siempre a la indagación de las causas que desencadenan los conflictos, Vernant remonta el origen del drama a tres montañas: Pelión, donde se llevan a cabo las bodas de Tetis y Peleo; Ida, donde Paris se enfrenta con el dilema de elegir a la diosa más bella; y Taigeto, donde Zeus y Leda engendran a Helena.

La quinta parte, “Ulises o la aventura humana”, presenta en apretada síntesis todas las aventuras odiseicas, desde la victoria de los griegos en Troya hasta la ‘noche de bodas recuperada’ del héroe con Penélope, una vez consumada la venganza de los pretendientes. Dos pasajes merecen especial atención. El primero es el encuentro entre Ulises y Nausícaa, escena que Vernant recrea con gran maestría, dotando al relato de todos aquellos detalles que Homero calla pero él intuye, como, por ejemplo, que la joven tenía entre

quince y dieciséis años, que Ulises tenía el pelo y el cuerpo impregnados de sal por haber pasado tantos días en el mar sin bañarse, o que su mirada era 'torva' simplemente porque tenía miedo... Al reproducir el diálogo de los personajes, Vernant, docente al fin, no puede dejar de insertar algunas palabras griegas y su correspondiente aclaración, como ocurre en el pasaje en que Nausícaa reflexiona sobre el aspecto que tenía Ulises al principio y el que tiene después de que se ha bañado en el río y Atenea ha realzado su estampa: "-Hace un momento ese hombre me parecía indecente, feo, *aeikelios*, espantoso, pero ahora me parece semejante, *eikelos*, a los dioses que habitan en el cielo" (p.128). El segundo pasaje destacable es el análisis de la simbología del lecho matrimonial construido por Ulises, un buen ejemplo de la mirada sutil con que Vernant penetra cada una de estas historias.

La sexta parte, "Dioniso en Tebas", refiere el origen y andanzas del dios. El relato se remonta a la historia de Cadmo y su hermana Europa, y concluye con la instauración del culto de Dioniso en Tebas. Como en los casos anteriores, lo más provechoso es la reflexión final sobre la índole del dios: Dioniso -concluye Vernant-, errante y vagabundo, próximo a los hombres y a la vez inaccesible y misterioso, está escindido por dos pasiones opuestas: la de vagabundear y la de tener un lugar propio.

"Edipo a destiempo", séptima parte, se centra en una de las figuras más trágicas y emblemáticas de la literatura griega. Vernant encuadra la historia de Edipo entre dos maldiciones: la primera, aquella que cayó sobre Layo por haber perseguido de amores al joven Crisipo hasta que éste se suicidó, anunciaba el aniquilamiento de la estirpe de los Labdácidas; la última, lanzada por el mismo Edipo contra sus hijos, pronostica la pelea por el trono y la muerte mutua que éstos han de ocasionarse. Sobresale en esta parte la interpretación del enigma propuesto por la Esfinge: según Vernant, dicho enigma expresa el destino de los Labdácidas, y el monstruo de dos, tres y cuatro pies es Edipo, que encarna el problema de la continuidad social, del paso de las generaciones que nacen, reinan y mueren para ceder su lugar a la siguiente.

La última parte, "Perseo, la muerte, la imagen", aborda la historia de Perseo, hijo de Zeus y Dánae, a quien el dios fecunda en forma de lluvia de oro. Al héroe le corresponde traer la cabeza de Medusa; una vez conseguida, es entregada en agradecimiento a la diosa Atenea, quien la convierte en pieza central de su armamento para paralizar de terror a los enemigos que la miren. Y es que -medita Vernant- en toda la aventura de Perseo la mirada cumple un

papel fundamental; así ocurre cuando se enfrenta con las Grayas, tres jóvenes monstruosas que comparten un solo ojo, y también en su encuentro con las Gorgonas, a quienes no debe mirar para no quedar petrificado.

La obra se cierra con un glosario que incluye todos los nombres de personajes mitológicos mencionados en el texto.

Quien se acerque a esta obra con ánimo de hallar disquisiciones eruditas en torno a los mitos griegos o referencias bibliográficas de algún tipo se verá defraudado. No hay aquí ninguna mención de fuentes (excepción hecha de Hesíodo para la historia de Tifón) ni de obras dedicadas al tema. Hay, sí, lo que propone Vernant desde un principio: un relato sobrio, depurado de elementos irreconciliables y entorpecedores, relato dotado de la claridad y la síntesis que sólo confiere un vasto conocimiento, e iluminado, aquí y allá, por las lúcidas reflexiones de un guía por demás autorizado en materia de mitos griegos.

María Estela Guevara de Álvarez